

Cursos de vida diversos. Una breve tipología de los casos del envejecimiento en gays, lesbianas y transexuales.

Fernando Rada Schultze.

Cita:

Fernando Rada Schultze (2015). *Cursos de vida diversos. Una breve tipología de los casos del envejecimiento en gays, lesbianas y transexuales. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/1099>

Cursos de vida diversos. Una breve tipología de los casos del envejecimiento en gays, lesbianas y transexuales

Fernando Rada Schultze

Lic. en sociología (UBA). Mag. en Políticas Sociales (UBA). Doctorando en Ciencias Sociales (UBA)

UBA, CONICET, FLACSO

fernandorada@gmail.com

Resumen

Mucho se ha avanzado en política de derechos hacia las minorías sexuales de nuestro país, lo cual podrá reflejarse a futuro en una mejora de sus condiciones de vida. Empero, lo reciente de estos cambios nos invita a indagar sobre las trayectorias de vida de aquellas personas socializadas bajo otros contextos y los modos en que encararon o encararon su envejecimiento.

Mediante técnicas cualitativas de investigación como las entrevistas en profundidad e historias de vida, este trabajo tiene como meta conocer y describir los cursos de vida de las personas gays, lesbianas y transexuales añosas de los principales núcleos urbanos de la Argentina. Para esto se tendrán en cuenta los puntos de inflexión (*turning point*) significativos que las personas atribuyen a sus propios cursos vitales a fin de lograr construir una tipología del envejecer lésbico, gay y transexual de nuestro país observándolo de manera comparativa.

Palabras clave: Paradigma del curso de la vida; Diversidad sexual; Envejecimiento diferencial;

1. Introducción

Alineándome con la propuesta de la presente mesa, comparto que indagar en (y desde) una Sociología del Envejecimiento implica entender a la vejez como el resultado de un curso de vida, cuyo destino se encuentra moldeado a la luz del tiempo individual e histórico social. Ésta premisa, para quienes trabajamos en el campo de la Ciencias Sociales abocados al análisis gerontológico, es conocida como el Paradigma del Curso de la Vida (Yuni, 2011), el cual postula que los múltiples eventos a los cuales estamos expuestos a lo largo de nuestra vida condicionarán un tipo de trayectoria diferencial, lo cual nos motiva a hablar de tipo de “vejeces” y “envejecimientos” y no de un único modelo. A saber, de la vejez como una categoría diversa. Estos disímiles procesos que se nos presentan a lo largo del tiempo y que tienen relevancia en la representación de los envejecientes son llamados “puntos de inflexión” para este enfoque teórico y son los que dan lugar a los cursos de vida diversos.

Esta diversidad, construida a lo largo de la historia de vida personal, a través de su envejecimiento (en tanto proceso continuo, dinámico), se pone de manifiesto en la vejez (entendida como una etapa de la vida) dando lugar a distintas instancias y niveles de integración e interacción. Así, si bien la diversidad suele ser celebrada como una ventaja, muchas veces puede esconder una contracara de discriminación, segregación o desventajas para cada viejo o vieja (Oddone y Aguirre, 2005). Una de las diversidades sobre las que se puede hacer foco –entre tantas otras– es la que compete a la orientación sexual.

Es en ese sentido que recuperar la memoria de los y las actuales viejos y viejas se vuelve un tema crucial a fin de dilucidar sus diversas trayectorias para así comprender sus procesos de envejecimiento. De esta forma, el método biográfico se nos ofrece como una herramienta idónea a la hora de aprehender el testimonio de los actores viejos. Esta técnica permite a los y las adultas mayores revisar su vida mediante la actividad reminiscente destacando u omitiendo distintos momentos pasados. De tal modo, el actor se convierte, en términos de la “identidad narrativa” (Ricoeur, 2006), no sólo en personaje principal de su vida, sino también en narrador, escritor y corrector a la luz de los eventos actuales. Asimismo, al darle sentido a algunos pasajes en su devenir, convierte a éstos en hitos significativos en sus trayectorias vitales.

Por lo tanto, es objetivo de esta ponencia echar luz sobre los cursos de vida de las llamadas minorías sexuales, específicamente gays, lesbianas y travestis, a fin de construir una breve tipología sobre sus procesos de envejecimiento y características de su vejez en base a sus “puntos de inflexión”.

Para esto me dispongo a conocer cuáles han sido los sucesos, acontecimientos, que las personas viejas consideran significativos. Al mismo tiempo, y dadas las características de este grupo (conocidas a lo largo de mi investigación en este campo), incorporaré una tercera dimensión al análisis desde el Paradigma del Curso de la Vida. De esta manera, a los acontecimientos individuales e históricos sociales quisiera agregar otra instancia que es la de los grupos secundarios, de gran importancia para los viejos y las viejas de este colectivo. Así, la exposición queda signada por el tiempo individual, grupal y social.

En simultáneo, en las próximas líneas revisaré los principales preceptos de este enfoque, las potencialidades que ofrece para una sociología del envejecimiento y las técnicas que tenemos para reconstruir el dato quienes nos abocamos a la materia incorporándolo al estudio de caso en cuestión.

Por último, no por eso menos importante, quisiera destacar que este trabajo es parte de mi futuro proyecto de tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el cual vengo realizando con el apoyo de una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el marco del Programa Envejecimiento y Sociedad de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) dirigido por Julieta Oddone.

2. Aproximación al estudio del envejecimiento gay, lésbico y travesti

Cuando comencé a inmiscuirme en la temática del envejecimiento y la vejez de las llamadas minorías sexuales, por tratarse de un tema novedoso para mí, me dirigí a las organizaciones que pelean por la promoción de derechos para estos colectivos, considerando a éstas como un espacio institucionalizados, cristalizado (Rada Schultze, 2009). Empero, a pesar de ser asociaciones añosas, ninguna contaba en sus líneas con miembros viejos. Asimismo, tampoco pude encontrar organización alguna que trabajara temáticas que versaran sobre los viejos y las viejas gays, lesbianas, travestis o transexuales. De esta forma mi objeto de estudio se tornaba, usando un uso laxo de la terminología

acuñada por Marc Augé, un “no objeto”, ya que al propio colectivo –a simple vista– parecía no interesarle esta cuestión.

De todos modos esta ausencia de viejos no fue un producto del azar. Por lo contrario, y en consonancia con el Paradigma del Curso de la Vida, las trayectorias que realizaron las personas mayores de esta comunidad son explicativas de esta invisibilidad de mayores. Propongo por lo tanto dedicarme en las próximas líneas a señalar sólo algunos factores de estos cursos de vida diferenciales que por ende contribuyen/contribuyeron a desarrollar procesos de envejecimiento y vejezes particulares y permitirán la realización de una breve tipología.

2.2. Construcción de un devenir diverso. Ensayos para una tipología

Entre los múltiples factores que intervinieron/intervienen en el curso de vida de los actores quisiera señalar y desarrollar brevemente algunos de éstos. Los mismos han sido producto de la emergencia del trabajo de campo y se trata de algunos hechos significativos o puntos de inflexión para los entrevistados.

2.2.1. Los contextos de socialización: ¿todo tiempo pasado fue mejor?

Los y las actuales viejos y viejas señalan que debieron experimentar contextos de represión, dictaduras, durante su juventud. La dimensión social e histórica valida esta cuestión: la homosexualidad fue considerada una enfermedad hasta 1990, por lo que estas personas fueron socializadas asumiendo que su vida sexual “estaba mal” y que por ende debía ser dejada puertas adentro. Para la religión era un pecado y una conducta amoral, para el Estado una cuestión delictiva y para la medicina una enfermedad. Este fue por lo tanto el influjo social que pesó sobre muchas de las vidas de quienes he entrevistado.

No obstante, algunos de ellos señalan que a pesar de las coyunturas represivas en otras épocas tenían mayor libertad y descreen que los avances en materia de derechos traigan beneficios. Por el contrario piensan que son “los jóvenes” los que quieren leyes;¹ no

¹ En un trabajo anterior quise poner de manifiesto que la aprobación de leyes y los cambios políticos no tienen necesariamente, ni de manera inmediata, su correlato en cambios culturales, por ejemplo en el cese de prácticas discriminatorias. Por el contrario existe cierto desfase entre los cambios políticos y culturales, motivo por el cual los viejos gays y las viejas lesbianas y travestis no perciben transformaciones en la matriz social. Los cambios políticos no sólo no se traducirían en cambios sociales sino que las primeras leyes

ellos. Los “jóvenes” serían quienes “quieren armar un gueto”, “quieren armar el bolichito gay, el supermercado gay, el turismo gay” (Alcira, 68 años), mientras que supuestamente “ellos”, los mayores, en su juventud habrían gozado de cierta libertad e integración: “no había esa cosa de comunidad en la que se apartan todos los ‘putitos’. Íbamos [de levante] a cualquier lugar (...) Sólo se dividían entre los que estaban en la joda y los que no” (Miguel, 70 años), porque, según entienden, “nunca se necesitó de CHA y esas cosas. Está genial que existan, pero nunca la necesité para que me respeten (...) Según cómo elijas presentarte y cómo sea tu carácter, te vas a hacer respetar” (Marisa, 65 años).

Esto a mi entender se trata de tensiones generacionales y no es producto de una condición sexual en sí misma. La aparición, acceso y consolidación de nuevas cohortes etarias comúnmente trae aparejado la resistencia de los actores mayores que ven en el no reconocimiento de su agencia el borrado de su rol y su consiguiente desplazamiento desde un lugar de privilegio y auto-reconocimiento.

Aquí opera entonces la problemática del “viejismo”, del “auto-viejismo” y, más específicamente, del “edaísmo” ya que hay una disputa entre los grupos de edades. Por un lado, las nuevas generaciones omiten reconocer a las personas mayores, mientras que los viejos y las viejas, al no querer sentirse obsoletos (categoría comúnmente asociada a la vejez), cargan contra el otro grupo generacional y se rechazan como lo que justamente son: viejos y viejas.

Asimismo, la globalización, mercantilización y creación y expansión de un mercado gay tensionó aún más esta situación. El “mundo gay” de forma paulatina dejó de ser algo oprobioso para comenzar a ser absorbido por la lógica del mercado. Las corporaciones y empresas empezaron a ver en esa contracultura repelida a una mercancía más. Además, el hecho de ser considerados –discriminación positiva mediante– profesionales, de clases medias altas y sin hijos, los mostraba como potenciales consumidores. En consecuencia, como correlato puede señalarse que la lógica de mercado, la publicidad y la moda son pensadas exclusivamente para la población juvenil, expulsando a las personas mayores quienes no son vistos ni como consumidores, ni emprendedores, ni dinámicos. Por el contrario, son considerados conservadores.

demorarían en hacer tangibles, sumado a la continuidad de acciones represivas hacia la homosexualidad. (Rada Schultze, 2012a; 2012b).

Respecto al otro grupo, aquellos que no piensan que el pasado haya sido mejor en comparación al presente, podemos encontrar que gran parte de ellos y ellas realizaron las llamadas “carrera de desviado” y “profecías autoconfirmatorias” incorporando las valoraciones negativas y desarrollando el estigma que la sociedad les atribuyó.² Así se pueden hallar viejos y viejas que han desarrollado una “doble vida”, no pudiendo hacer su “salida del *closet*”, dejando puertas adentro lo que “estaba mal”, a saber, su orientación sexual. De esta forma muchos quedaron solos, aislados y, por consiguiente, vulnerables ante, por ejemplo, ataques vandálicos como los considerados “crímenes de odio” (Rada Schultze, 2010). En este sentido, y como veremos más adelante, toman importancia los grupos secundarios, considerados por los entrevistados y las entrevistadas “segundas familias”, contrariando a su vez la “teoría del desapego” que entiende que con el paso del tiempo los viejos y las viejas tienden a replegarse sobre sí mismos y a recortar sus redes sociales y de apoyo. En el caso de otros y otras personas mayores encontramos que el influjo social tuvo tanta importancia que la “doble vida” y los “mandatos sociales” llegaron a plasmarse en la conformación de un matrimonio y una familia heterosexual.

2.2.2. La “peste rosa”. La pandemia del VIH-SIDA

La década de 1980 sería un hito histórico significativo para anexarle una nueva patología al colectivo lésbico, gay, travesti y transexual. A la imputación de degenerado, enfermo mental y perverso se sumaba el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), el cual encontraba en los y las homosexuales –aunque no sólo en ellos y ellas–³ un grupo a ser considerado de riesgo para el organismo social.

² Los trabajos de Becker (2009) y Goffman (2010) entre otros, han abordado cuestiones como ser la “carrera de desviado”, la “profecía autoconfirmatoria” y el “estigma” y sus implicancias. Estos autores señalan que quien es marcado socialmente con una valoración negativa suele arrastrar esta carga a lo largo de su vida desarrollando una trayectoria de desviación. Con el tiempo, la persona realiza el designio que la sociedad *a priori* le atribuyó a ese subconjunto poblacional. Las estigmatizaciones que versan sobre la homosexualidad históricamente consistieron en la combinación de discursos médicos, jurídicos y religiosos. El homoerotismo se asociaba a la enfermedad y perversidad, como así también a prácticas pecaminosas, lo cual no era un dato menor en sociedades como la Argentina donde mayoritariamente la población asume una creencia religiosa (principalmente la católica). A su vez, la homosexualidad era considerada una acción a sancionar por el sistema jurídico-policial que veía en ese subgrupo poblacional la degeneración de la sociedad.

³ Según recuerda uno de los entrevistados “La idea que venía de afuera [países centrales] es que de SIDA se acusaba a las 4H: homosexuales, hemofílicos, a las prostitutas [hookers] y a los haitianos” (Héctor, 75 años).

A nivel microsocia, la pandemia del VIH trastocaría las relaciones sexuales y homosociales (Tin, 2012). Los entrevistados y las entrevistadas concuerdan que la expansión y mediatización de la enfermedad “cambió la manera de tener sexo (...) Durante un tiempo no se hacía nada. Era solamente un ‘toqueteo’ (Marcos, 70 años). “La cosa se paralizó (...) De golpe pasó a ser sólo... (gesto de masturbación). Mucha gente tenía miedo” (Ana, 68 años).

Pero el virus no sólo afectaba desde la dimensión socia (por medio de la acusación, estigmatización) y la esfera grupal (presunta modificación de prácticas sexuales). Sino que también el nivel personal se veía trastocado. La proximidad de la muerte prematura de parejas, ex-parejas y conocidos/as –que paulatinamente los entrevistados y las entrevistadas naturalizaban– configuró una identidad particular que se forjaba al calor de la pérdida de seres queridos:

“cuando vivía en Montevideo tenía una pareja que cuando terminamos [1971] se fue a Nueva York y ahí yo me vine a Buenos Aires (...) tiempo después [mediados de los años 1980], cuando me lo reencontré en Estados Unidos, él tenía SIDA y su pareja también. Teníamos unos amigos cubanos que también tenían la enfermedad (...) Cuando comencé mi relación con Bob [en pareja desde 1986], él me comentó que su ex pareja también tenía SIDA y que con quien andaba también tenía (...) Era imposible no tener un amigo que no lo tuviera (...) Con Bob hemos llorado cantidad de muertos” (Alberto, 70 años).

“Yo me enteré mucho tiempo después que mi pareja tenía SIDA. Así que podría haberme agarrado la enfermedad tranquilamente (...) pero lo sospechaba. No porque se le notara, sino porque era algo común. Los travestis que andábamos en ‘la joda’, en ‘el ambiente’, lo sabíamos. En general el que estaba en ‘la joda’ lo sabía (...) si hay alguien con SIDA en la pareja, la otra parte se lo agarra seguro. Es algo que pasa” (‘Quique’, 52 años).⁴

Así el VIH-SIDA reconfiguraba las relaciones socia, sexuales, pero también la propia trama de la vida de las personas. La pandemia de esta enfermedad es sin dudas un

⁴ Deliberadamente el entrevistado decidió darse a conocer por su apodo de varón, como así también refiere a sí mismo utilizando artículos masculinos.

punto de inflexión en sus cursos de vida. Los grupos secundarios tendrán en este escenario un rol específico.

3. Las "segundas familias" como respuesta a la situación de vulnerabilidad de los adultos mayores LGTB

“Quien vive en aislamiento, y querría, no obstante, de vez en cuando integrarse; quien en razón de los cambios de las horas del día, del clima, de las relaciones profesionales, o de cosas por el estilo, querría sin más ni más ver un brazo cualquiera al que poder agarrarse, no va a poder aguantar mucho tiempo sin una ventana a la calle”.

Franz Kafka, “La ventana a la calle” (*Contemplación*, 1913)

Hace algunos años cuando en la Argentina estaba en boga el debate parlamentario sobre la aprobación del matrimonio para parejas del mismo sexo, los sectores que se oponían argüían, entre otras objeciones, que se trataba de un debate “novedoso”, “reciente”, motivo por el cual nuestro país no estaba listo para resolverlo. Esto no sólo negaba y desconocía la historicidad de las organizaciones de homosexuales (con el caso del Grupo Nuestro Mundo como su primer antecedente en el año 1967), sino también de las parejas y grupos de amistad añosos.

El rol que las redes sociales tienen en la sociabilidad y contención de los sujetos mayores es de gran trascendencia. Las "segundas familias" o grupos de amigos de viejos y viejas, sobre todo en momentos de crisis, evidencian el valor que los actores atribuyen a esos grupos y la utilidad de los mismos para revertir situaciones de aislamiento, soledad y vulnerabilidad a la que en gran medida los mayores y las mayores de este colectivo pueden estar expuestos/as.

Los grupos secundarios, entre los cuales se incluyen las “segundas familias”, consisten en colectivos auto-organizados integrados por individuos que optan voluntariamente por tal conformación. Formales o informales, estas asociaciones se caracterizan por la decisión personal y la libre permanencia de sus miembros. Por su parte, las “segundas familias” o “familias sustitutas” en términos de los entrevistados y las entrevistadas, aunque su nombre indicaría una menor trascendencia o jerarquía, suelen

tener la misma o mayor importancia que los vínculos consanguíneos. Sobre todo en el caso del colectivo homosexual, donde aquí se intenta señalar que estas redes sociales cumplen, muchas veces, un rol primario.

Como la teoría señala, en momentos de crisis, las personas tienden a replegarse sobre sus grupos más inmediatos (Durkheim, 2003). Para algunos actores los colectivos más cercanos pueden ser tanto las familias, como los clubes, sindicatos, organizaciones comunales o un grupo de amigos. Por su parte, las crisis deben ser leídas en el sentido más amplio de su palabra y no como sinónimo de dificultad o catástrofe, pudiendo separar además el plano individual del social.

Si bien desde el sentido común la definición de crisis suele ir asociada, en su dimensión social, a las transformaciones o rupturas en los modelos sociales, políticos y económicos, en la esfera individual se la vincula a conflictos identitarios, producto, principalmente, de los cambios experimentados con el paso del tiempo personal (proceso de envejecimiento) y colectivo (el tiempo social), y sus implicancias y repercusiones en el sujeto.

Sin ignorar esta faceta, la crisis debe ser comprendida más allá de su connotación conflictiva. Su raíz griega, al tiempo que denota separación y quiebre, también incluye, fruto o consecuencia de esta ruptura, análisis y posibilidad. Así, la crisis nos invita a la reflexión. Un razonamiento que tiene como objetivo la superación de la situación caótica. En el curso vital, puntualmente en la adultez mayor, se experimentan diversas crisis de la edad que nos “invita a la reflexión constructiva” con objetivo de superar la misma.

Una de las características más comunes en las personas mayores, sin distinción de su condición sexual⁵ y género, es la reducción cuantitativa de las redes sociales. Alejamiento o fallecimiento de los seres queridos son las razones principales por las que las redes de apoyo merman. Pérdida de parejas, padres o hermanos, suelen ser contrarrestados por los viejos y viejas a través de sus descendientes como ser hijos o nietos. Para el caso de las personas que no han formado familia la reducción de sus grupos primarios suele tratarse de un problema que puede conllevar situaciones de soledad, aislamiento y vulnerabilidad

⁵ A pesar de la polémica que pueda suscitar el uso del término “condición sexual” se ha preferido emplear ésta en lugar de otras como ser preferencia u orientación debido a que se trata de una categoría nativa en viejos y viejas LGBT.

según los recursos, económicos y sociales, con los que se cuente para dar respuesta y revertir esa posición. Entre estas opciones seleccioné la labor de los grupos secundarios en las personas de orientación sexual diversa: las personas mayores lesbianas, gays, y travestis. Para ellos y ellas los grupos secundarios, en distintos momentos de su vida, tienen un papel clave.

“Antes había más respeto a las trans mayores (...) Cuando yo dejé mi casa [a los 15 años] eran las trans mayores las que te recibían y te enseñaban (...) el oficio [la prostitución], cómo hacer con la policía, cómo esconderse de los ‘milicos’ (...) Ellas te cuidaban de que no te pasara nada y le daban una mano a la recién llegada. Te sentías protegida. No como ahora que la que te ayuda te pide una ‘cometa’ o las pendejas no te dan bolilla porque piensan que se las saben todas” (Noelia, 54 años).

“Si no era por Alejandra la verdad que no sé qué me hubiese pasado (...) cuando fui a Buenos Aires [proveniente de la ciudad de Santa Fe] era chica. Está bien que era otra época, pero no tenía ni 17 años (...) Alejandra me recibió donde ella paraba con otras chicas y me quedé unos días ahí. No tenía un peso (...) fueron ellas también las que me enseñaron cómo laburar, a ir a la Panamericana” (Carol, 52 años)

“No me siento viejo porque vengo a acá [a juntarse en el café con los amigos] hace como 20 años ya. No estoy solo (...) Además estoy en pareja y eso lo hace distinto. No me siento solo (...) Hugo, por ejemplo, está solo y claro que se va a sentir viejo, a pesar de que es de mi edad. Encima por su religión [cristiano evangélico], tendrá amigos, pero no puede... no es lo mismo. Él fue y vino [al grupo del bar] varias veces. Pero sabe que en las malas acá estamos” (Carlos, 66 años).

“Hacía rato que no venía [al café]. Pero cuando murió Robertito [amigo del grupo] sentí que quería venir (...) no lo iba a poder soportar solo (...) Lo conocíamos hace mucho tiempo... yo desde el '80 más o menos... Si no lo hablaba con ellos, ¿con quién lo iba a hablar? No le voy a decir a mis sobrinos: ‘se me murió un amigo troló’, porque van a saber o preguntar. En la Iglesia tampoco lo puedo hablar (...)

Ellos [los amigos del bar] además de que me conocen, me entienden y lo conocían a Robertito” (Hugo, 65 años).

“A veces yo me pregunto si esto [juntarse con los amigos] es como una terapia... qué sé yo. No sé. A mí me sirve (...) Yo nunca tuve necesidad de tanta ‘pluma’. Siempre supe ubicarme. Pero es verdad que acá podemos decir cosas que en otros lugares no. Es como otra confianza” (Raúl, 68 años).

Como se ve, los grupos secundarios funcionan como contención ante momentos de cambios y pérdidas: abandono del hogar, situaciones de pobreza, fallecimiento de seres queridos, entre otras. Incluso, en algunos casos de soledad, el grupo pasa a ocupar un lugar primario o el rol de una “segunda familia”.

4. Consideraciones finales

En las líneas anteriores quise explicitar de manera sintética tan sólo alguna de las características del curso de vida de las personas mayores gays, lesbianas y travestis. Fue a partir de sus testimonios que eché luz sobre dos de los múltiples aspectos sociohistóricos íntimamente relacionados que forjaron puntos de inflexión en este devenir como viejos y viejas. Uno de ellos fue un breve repaso sobre los aspectos destacables de los contextos en los cuales estas personas fueron socializadas; a saber, coyunturas represivas que estigmatizaban y penalizaban las prácticas homoeróticas. Entre otra de las dimensiones sobre las que podría haber hecho énfasis opté por la proliferación de la pandemia del VIH-SIDA y su relación con este colectivo. En ambos casos quise poner de manifiesto el impacto de estos fenómenos en el curso de sus vidas, como así también las estrategias de los actores y su facultad agencial para acomodarse o revertir las situaciones cambiantes. Fue en ese marco en el que cobró importancia el rol de los grupos secundarios, donde no sólo los viejos y las viejas tienen un acompañamiento emocional, sino que además es uno de los pocos espacios en donde juegan un papel preponderante: se sienten útiles, ya que al mismo tiempo en el que sus pares les brindan contención, ellos y ellas también son respaldo para los otros y las otras. Una vez explicitados estos tópicos quisiera resaltar cierta relación entre ellos.

Por un lado, durante los contextos de mayor represión y a partir de la estigmatización que debieron cargar, este colectivo debió realizar códigos de socialización propios, desarrollando lo que la sociología norteamericana dio en llamar una carrera de desviado: lo que hacían “estaba mal” y había que dejarlo en la vida privada. Esto dio lugar a la invisibilidad de estas personas. Por otro lado, el ocultarse iba de la mano de la vergüenza propia y hacia otros. La in-corporación se había vuelto carne y llevaba a los y las homosexuales a desarrollar estos códigos de sociabilidad alternativos y subterráneos como por ejemplo las “teteras”, el “yire” y la “mirada”, posibilitando así un ser y hacer “clandestino”.

Desde otro punto de vista, la hipervisibilidad que caracterizó al “mundo gay” de las últimas décadas –consolidada en una lógica mercantil que les ofrece cine, fiestas, tiendas de ropa, discotecas, literatura, entra tantas otras– lleva a que las personas mayores “prefieran” vivir en las sombras a las que ya se acostumbraron y en el cual se sienten resguardados. El cargar con tantos prejuicios durante décadas les hace ver con mejores ojos el pasado.

Otro de los acontecimientos experimentados se dio a través de la pandemia del VIH, enfermedad que no sólo estigmatizaría al colectivo lésbico, gay, travesti y transexual, sino que además como se vio, trastocaría la práctica sexual en sí mismo y el modo en el cual relacionarse. Uno de esas formas es por medio de la identificación. Así se puede ver cómo los viejos continúan empleando términos como “loca” (para el homosexual afeminado) o “chongo” (para el homosexual masculino). Incluso se pudo observar cómo palabras como “trollo”, “puto” u “homosexual” para las personas mayores no tienen la carga negativa que le atribuyen los jóvenes de la comunidad.

Posiblemente existan otros aspectos más para incorporar en un análisis acabado del envejecimiento de gays, lesbianas y travestis de nuestro país. En el caso de este trabajo, y siguiendo la propuesta de los puntos de inflexión significativos del Paradigma del Curso de la Vida, elegí las tres características arriba enumeradas.

Respecto al Paradigma del Curso de la vida y el concepto del envejecimiento diferencial pueden agregarse algunas reflexiones más.

Aproximarse al enfoque teórico en cuestión implica, en principio, diferenciar entre vejez y envejecimiento. La vejez, en tanto etapa de la vida, es el resultante del proceso de envejecer. La Vejez entonces es una instancia producto/consecuencia de un fenómeno

dinámico e incesante como el envejecimiento, el cual vale aclarar nos acompaña en toda nuestra vida.

Dicho esto cabe señalar que se envejece según la trayectoria que se tenga. Nuestro curso vital y biografía determinará bajo qué condiciones vivimos y cómo envejecemos. En síntesis, de qué modo se llega a ser viejo o vieja. Por tanto es que decimos que habrá tantos procesos de envejecimiento o vejez como personas, términos que son necesarios comprender en plural. Así, la vejez entendida como la resultante de una historia de vida personal, se encuentra emparentada a la categoría de diversidad: La vejez es una construcción en el curso de la vida, siendo su característica primordial la diversidad. La cual podría ser económica, étnica, social-cultural o para el caso en cuestión, genérico-sexual, entre tantas otras variables a considerar.

Por último quiero destacar que si bien traté de indagar brevemente en torno a trayectorias vitales individuales, las mismas deben ser comprendidas en el marco de fenómenos sociales que signan su devenir y que, en gran medida, son explicativos de estos cursos de vida. De esa forma podremos entender cómo en otro momento histórico fueron desvalorizados los y las actuales viejos y viejas por tener una orientación sexual diferente a la mayoritaria, o cómo pueden ser desvalorizados hoy por el simple hecho de ser adultos y adultas mayores. Así quizá, comprendiendo y cuestionando los contextos y los influjos sociales, podremos estar más cerca de la premisa de Bazán de que “algún día, finalmente, se habrá de saber la verdad tan celosamente guardada: la homosexualidad no es nada. No lo era en un principio y no lo será en un el futuro” (2004: 453) o, como el autor agregó en la ampliación de su trabajo, “la homosexualidad, como parte de un mundo variado, tiene algo para ofrecer desde su diferencia. Algo valioso” (2010: 602). De ese modo quizá el autor tenga razón y la homosexualidad (o la diversidad sexual) tenga algo valioso que ofrecernos y sea su diferencia en el curso de la vida

Bibliografía

BECKER, Howard (2009): *Los extraños. Sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI.

DURKHEIM, Emile (2003): *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el derecho*, Buenos Aires, Miño & Davila.

GOFFMAN, Erving (2010): *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.

ODDONE, María Julieta y Mónica Beatriz Aguirre (2005); “*Impacto de la diversidad en el envejecimiento*”; en *Psico Logos: Revista de Psicología*; Universidad de Tucumán; Año XIV N° 15; Pp. 49-66.

RADA SCHULTZE, Fernando (2009): "Envejecimiento y Homosexualidad: el caso de la Comunidad Homosexual Argentina", Primer Congreso de Sociólogos de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.

----- (2010): “Ser o no ser (viejo), esa es la cuestión: Edaísmo y activismo”, en *Revista de Investigación en Psicoanálisis Querencia*, N° 13, Uruguay.

----- (2012a): “Sociabilidades homosexuales puestas en perspectiva. Una mirada sobre el desarrollo de los modos de ser y hacer gay” en *Revista Sudamericana*, Año 1, N° 1, Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 71-96.

----- (2012b): “El paradigma del curso de la vida en el envejecimiento de gays, lesbianas, transexuales y bisexuales (GLTB)”, en Encuentro Internacional de Investigadores e Investigadoras CEVI, Universidad Nacional de Luján y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 31 de Julio de 2012

RICOEUR, Paul (2006): *Tiempo y narración. Volumen III. El tiempo narrado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1985.

TIN, Louis-Georges (2012): *La invención de la cultura heterosexual*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata.

YUNI, José A. (comp) (2011): *La vejez en el curso de la vida*, Córdoba, Encuentro Grupo Editor.